

San Manuel Bueno, mártir. (Secuencia 5) UNAMUNO

Su vida era activa y no contemplativa, huyendo cuanto podía de no tener nada que hacer. Cuando oía eso de que la ociosidad es la madre de todos los vicios, contestaba: "Y del peor de todos, que es el pensar ocioso". Y como yo le preguntara una vez qué es lo que con eso quería decir, me contestó: "Pensar ocioso es pensar para no hacer nada o pensar demasiado en lo que se ha hecho y no en lo que hay que hacer. A lo hecho pecho y a otra cosa, que no hay peor que remordimiento sin enmienda". ¡Hacer!, ¡hacer! Bien comprendí yo ya desde entonces que Don Manuel huía de pensar ocioso y a solas, que algún pensamiento le perseguía.

COMENTARIO

Situación del texto en relación con la obra y el autor.

San Manuel Bueno, mártir ocupa un lugar destacado dentro de la narrativa de Unamuno y recoge ya en su vejez (1930) sus reflexiones sobre problemas que no habían dejado de obsesionarle. Él mismo dijo en el prólogo: *"tengo conciencia de haber puesto en ella todo mi sentimiento trágico de la vida"*. Como sabemos, ese **sentimiento trágico** tiene en su centro la cuestión de la inmortalidad. Unamuno nos dio permanentemente dramáticos testimonios de su lucha interior (su "agonía") entre el corazón y la cabeza; esto es, entre el "hambre de Dios" y de eternidad, por un lado, y la desesperanza que nace de su razón, por otro.

Esta será la temática central de *San Manuel...*, novela breve, densa, perfecta de construcción. Compuesta por 25 "secuencias" o capitulillos, se nos presenta como un relato en que Ángela Carballino habla de don Manuel, el párroco de su pueblecito, Valverde de Lucerna. Todo nos lo presenta como "un santo vivo, de carne y hueso", un modelo de amor a los hombres, en especial a los más desvalidos, y entregado a "consolar a los amargados y atediados, y ayudar a todos a bien morir". Sin embargo, algunos indicios hacen adivinar a Ángela que algo le tortura interiormente. Así, el tono desgarrador con que pronuncia aquellas palabras del Evangelio: *"¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?"* O el hecho de que, al rezar en coro el Credo, él salte la frase: "Creo en la resurrección de la carne y la vida perdurable". Inmediatamente después de este episodio (en la secuencia 5) se sitúa el párrafo que vamos a comentar.

Señalemos antes cómo el aspecto más relevante de la construcción de la novela es la caracterización progresiva del protagonista y el descubrimiento paulatino de su secreto, merced a un admirable dominio del arte de la intriga y de la suspensión.

Comentario del fragmento, estableciendo relaciones con el resto de la novela o con el mundo del autor.

La secuencia 5 -a la que, como hemos indicado pertenece el fragmento- es fundamental. Tanto el episodio sobre el rezo del credo como los detalles sobre la vida

activa del sacerdote desempeñan una función convergente: coinciden en apuntar al problema de don Manuel, a su "secreto", pero sin desvelarlo, intrigando al lector.

El texto comienza destacando esa vida activa, afirmación reforzada por la negación de lo contrario (y no contemplativa). En seguida, el gerundio *huyendo* - reforzado a su vez por *cuanto podía*- introduce una nota dramática, una clara tensión. (¿De qué huiría?, se preguntará el lector.)

Lo que sigue va completando y justificando esa entrega a la actividad. A partir de una frase proverbial ("*la ociosidad es la madre de todos los vicios*"), don Manuel estigmatiza¹, como el peor de los vicios, "*el pensar ocioso*".

Luego, ante la insistencia de Ángela, precisará más. He aquí lo que entiende por el "pensar ocioso":

Ante todo, "*pensar ocioso es pensar para no hacer nada*". Se trata, pues, de preocupaciones estériles, un pensamiento sin obras. Pone así en primer término la importancia de las obras (la entrega, la caridad) por encima tal vez de la fe. Al final de la novela, la misma Ángela pone las obras por encima de las dudas o la incredulidad. Y en el epílogo, Unamuno insiste: "las obras se bastan".

En segundo lugar, ese "pensar ocioso" es un "pensar demasiado en lo que se ha hecho y no en lo que hay que hacer". Rechaza así toda mirada atrás, al pasado, todo pensamiento paralizante.

Y siguen unas frases que reafirman tales ideas con expresiones muy vivas, coloquiales, con claras raíces en el habla popular: "A lo hecho pecho", "a otra cosa", etc.

Naturalmente, don Manuel no deja traslucir todavía la verdadera índole de los pensamientos, de las obsesiones, que él intenta ahuyentar. Tampoco Ángela sospechará aún la verdad, pero ya sabe que hay algo...

Una doble exclamación -"*¡Hacer ,¡hacer!*"- recoge la vehemencia, la fiebre de actividad de don Manuel; es algo que a Ángela se le presenta como sospechoso, que da que pensar. De ahí su frase: "*Bien comprendí yo...*", etc. Reaparece el significativo verbo huir: "*huía de pensar ocioso...*" Se añade: "*y a solas*", otro rasgo significativo que refuerza en el lector la sospecha de algún tormento íntimo del que don Manuel quiere escapar lanzándose a la acción.

Así se desemboca en "*algún pensamiento le perseguía*". El verbo perseguir es el complementario de huir. De este modo se refuerza aún la idea de un don Manuel acosado por un grave problema, por una obsesión torturadora.

¹ Afrenta, infama. (Marca a alguien o algo como con hierro candente.)